



## Marihuana: “*La hierba sagrada y su sombra*”

Una espiral de humo se eleva lentamente ante mis ojos, dibujando formas caprichosas en el aire. Recuerdo la primera vez que inhalé ese humo: la sensación de leve euforia, de paz tibia, como si una voz susurrante en mi interior me dijera que todo estaba bien. En aquel entonces la marihuana fumada me parecía una ceremonia sagrada, una medicina que abría la mente y calmaba el alma. La llamábamos “Santa María” con cierta reverencia irónica, convencidos de que su espíritu era benévolo. Nada parecía mal en ella: venía de la tierra, olía a bosque dulce, y en grupo compartíamos los porros como quien comparte una comunión secreta. Al principio, *la experiencia era suave y luminosa*. Bajo sus efectos descubrí nueva música con asombro, las risas brotaban fáciles y el mundo cotidiano adquiriría un matiz mágico. Parecía un ángel de luz verde que me acompañaba, susurrando creatividad e intensificando los placeres simples de la vida.

Con el tiempo, aquel ángel de humo se volvió compañero constante. Fumábamos de noche para relajarnos, de día para inspirarnos, en el campo para sentir la naturaleza vibrar o en casa para convertir lo mundano en extraordinario. *¿Cómo sospechar entonces que hubiera un reverso oscuro?* Cada calada profundizaba la sensación de estar accediendo a algún misterio. Mi voz interior se mezclaba con la neblina y me decía que estaba bien, que aquello era incluso espiritual. Después de todo, pensaba, tantas culturas habían usado plantas sagradas para contactar lo divino... ¿Por qué esta planta habría de ser diferente? El humo seductor me convencía de que estaba tocando algo profundo. Pero en aquella seducción sutil ya se perfilaba una sombra que tardaría años en revelar su verdadero rostro.

Aprendí con los años que no todos los caminos del cannabis son iguales. Conocí personas que tomaban la planta en forma de **tintura o infusión** y se sorprendían de lo distinta que era la vivencia. Una tarde, un curandero me sirvió un té amargo de hojas de marihuana. Lo bebí lentamente, esperando el acostumbrado subidón, pero en vez de eso sentí un calor suave en el cuerpo y un ligero sopor. La experiencia fue mucho más física y terrosa: el efecto tardó en llegar, sin la ráfaga instantánea de euforia mental que provoca fumar. El anciano me explicó que, en la tradición de su tierra, *la marihuana nunca se fumaba*, sino que se tomaba en brebajes medicinales con rezos. Decía que al preparar la planta en agua o en comida, su espíritu femenino se asienta más en el cuerpo y sana con sutileza. “**El humo es para iniciados**”, comentó con una sonrisa seria, advirtiéndome que saltar directamente al humo era como encender una hoguera sin haber aprendido primero a encender una vela.

Esa conversación quedó resonando en mí. Comprendí que **la forma de consumo transformaba radicalmente la relación con la planta**. La tintura, el té o comida (la marihuana convertida en “comida de la tierra” o “agua de la tierra”) actúa despacio, integrándose en el organismo de manera más completa. El cuerpo procesa sus compuestos poco a poco, y aunque la mente también siente sus efectos, estos parecen más fáciles de conducir y comprender. En cambio, fumar cannabis es invocar al elemento fuego y al aire de golpe: es una rápida combustión que libera de inmediato los principios activos al cerebro, provocando visiones y sensaciones súbitas sin que el cuerpo haya tenido tiempo de prepararse. En términos simbólicos, entendí que al fumar estaba saltando etapas de un rito no escrito: primero nutrir el cuerpo (tierra), luego las emociones (agua) y finalmente, solo al estar listo, encender el aire y el fuego. Yo había estado jugando con el fuego desde el principio, fascinado por la chispa mental y las visiones, sin una base física ni emocional sólida donde sustentarlas.

Las tradiciones antiguas, supe después, desaconsejaban fuertemente fumar el cáñamo. En la India los sabios decían que los elementos tóxicos no son eliminados al quemarlo y aspirarlo; preferían consumirlo en preparados como el *bhang* (una decocción láctea de cannabis) durante rituales específicos, y solo algunos ascetas iniciados podían fumarlo en el chillum tras largos procesos de purificación. De forma parecida, en el Amazonas los curanderos tradicionales consideraban la marihuana incompatible con ciertas ceremonias: no la mezclan con la ayahuasca ni la usaban en sus rituales, pues la veían demasiado volátil y embriagante sin ofrecer la claridad y enseñanza de otras plantas maestras. Estas culturas imponían condiciones precisas para su uso, distinguiendo el contexto medicinal, lúdico o sagrado, y para cada uno tenían preparaciones distintas. Occidente, en cambio, la adoptó de golpe y principalmente en su forma fumada recreativa, trivializando lo que en origen era una planta poderosa y ambivalente. En mi caso personal, esa falta de contexto y medida fue pasando factura, aunque al inicio yo no lo notara.

Al comienzo, los efectos físicos de la marihuana pasaban inadvertidos tras el brillo psicológico. Sí, sentía los ojos rojos y la boca seca, una modorra agradable después de reír, el famoso “*hachis*” que abre el apetito voraz. Nada de eso me preocupaba; al contrario, eran parte del folclore del fumador. Sin embargo, conforme los “pitos” se volvieron cotidianos, empecé a notar cambios más sutiles en mi organismo. Las mañanas dejaron de ser frescas: me despertaba aturdido, con la mente envuelta en niebla. Era ese *embotamiento* ligero pero persistente, una pesadez en la frente, como si mi cerebro arrancara el día con el freno de mano puesto. Achacaba esa pereza matutina al trasnoche o al trabajo, sin querer ver que, aún durmiendo bien, había algo que nublabla mi claridad al amanecer.

También estaba el tema del sueño. Durante años fumé un “pitito” cada noche “para poder dormir”. Y funcionaba: caía rendido, a veces literalmente fundido en el sofá. Pero aquel sueño no era del todo reparador. Con el tiempo me di cuenta de que casi nunca soñaba, o al menos no recordaba un solo sueño al despertar. Para alguien que solía tener sueños vívidos, esa ausencia de imágenes nocturnas era extraña. La marihuana me robaba los sueños sin yo saberlo, apagaba esa pantalla onírica cada noche. Y al hacerlo, tal vez me estaba privando de algo esencial: los sueños son alimento del alma, procesos de reorganización psíquica. Yo cedía mis sueños a cambio de un letargo químico.

Noté además cambios en mi energía vital. Aquella planta que inicialmente me *impulsaba a explorar* sonidos e ideas, empezó a volverse una carga silenciosa para el cuerpo. La vitalidad matinal disminuía, costaba arrancar y necesitaba café para contrarrestar la modorra. Mis ojos tenían con frecuencia ojeras de cansancio, a pesar de sentir que había dormido lo suficiente. Empecé a sospechar que mi sistema hormonal y nervioso estaban alterados: algunos llaman a esto “fatiga suprarrenal”, esa sensación de agotamiento constante porque las glándulas suprarrenales (las que gestionan el estrés y la energía) están desreguladas. No sé si médicamente era así, pero en la práctica me sentía con menos chispa natural. La marihuana, que yo creía me relajaba, a la larga parecía dejarme más cansado y apático cuando no estaba bajo sus efectos.

Hubo un día revelador. Tras un largo periodo fumando a diario, hice una pausa forzada por un resfriado fuerte que me impidió fumar por una semana. Al cabo de esos días sin humo, descubrí algo asombroso: mi energía matutina había vuelto. Me levantaba más despejado, incluso con ganas de trotar un poco antes de desayunar, cosa impensable para el “yo” de una semana atrás. La niebla mental se disipó lo suficiente como para darme cuenta de que había vivido años en una especie de ralenti físico sin darme cuenta. Aquel experimento involuntario me mostró cómo la cotidianeidad del cannabis había minado mi vigor poco a poco, tan gradualmente que nunca noté el momento exacto en que perdí mi frescura juvenil. Es como si hubiese cargado una mochila invisible de peso extra: uno se acostumbra a cargarla a diario y olvida cómo era caminar sin ella.

Más sutiles aún que los cambios corporales fueron los efectos psíquicos. Aquí la marihuana desplegaba su doble filo de manera magistral. Al fumar, mi mente podía sentirse expansiva, creativa, interconectada, llena de síntesis insospechadas, ¡me sentía un genio!. Recuerdo noches enteras llenando cuadernos con ideas filosóficas, historias fantásticas, dibujos y esquemas complejísimo sobre el sentido del universo que en ese instante parecían brillantes revelaciones. Bajo la influencia del THC, el tejido de los pensamientos se volvía suave y maleable, y yo podía saltar de una idea a otra con facilidad lúdica, como un niño en un charco de imaginación. A veces, con amigos, sosteníamos conversaciones que nos parecían profundísimas: arreglábamos el mundo desde la sala humeante, hablábamos de símbolos, de energía, de planes grandiosos para nuestras vidas. Éramos genios en la niebla, o al menos así nos sentíamos.

Sin embargo, a la mañana siguiente, al releer aquellos cuadernos o al evocar las charlas, algo no encajaba. Las ideas que anoche brillaban como diamantes resultaban ser incoherentes o banales a la luz del día. Proyectos enteros concebidos “volado” se revelaban inviables o disparatados con la mente sobria. Ese patrón se repitió infinidad de veces. La euforia psíquica cannábica me daba un impulso de inspiración que pocas veces lograba cristalizar en la realidad concreta. Inicié obras artísticas que nunca terminé, hice promesas que luego pospuse indefinidamente, imaginé cambios de vida radicales que se desvanecieron en el aire. Con el tiempo, empecé a vislumbrar un fenómeno inquietante: la marihuana inflaba mi ego y mi fantasía, pero drenaba mi voluntad de llevarlas a cabo. Era como si me permitiera soñar despierto sin dormir, entregándome un simulacro de inspiración que no llegaba a puerto.

Noté en mí y en otros compañeros fumadores una tendencia a la disociación. Este término, que aprendí en textos de psicoanálisis, describe una suerte de desconexión o distanciamiento

de la realidad inmediata. A veces, después de fumar, me quedaba horas en mi mundo interior, absorbo en mis pensamientos, mientras el tiempo y las obligaciones reales pasaban de largo. Podía estar físicamente presente, pero mi mente vagaba por parajes remotos. En reuniones familiares, por ejemplo, me costaba sostener la atención en la conversación; mi cabeza estaba “*en las nubes*”. Esta desconexión se hacía más evidente en situaciones que requerían concentración o empatía: si alguien me hablaba de un problema serio, me costaba aterrizar, sentía una leve niebla entre sus palabras y mi entendimiento. La marihuana me volvía espectador de mi propia vida, ligeramente al margen, como si todo fuera un escenario y yo un actor que a ratos olvida su papel.

Esa disociación traía aparejada otra característica: una insidiosa autoindulgencia. Bajo sus efectos yo podía engañarme con facilidad. Por ejemplo, me decía: “Hoy fumé pero igual hice todo lo que debía, no pasa nada, controlo perfectamente”. O me justificaba: “Me merezco este porro, es mi forma de relajarme, otros beben alcohol, yo fumo, ¿qué tiene de malo?”. Cada argumento parecía válido en el momento, pero en el fondo eran máscaras de un autoengaño creciente. La hierba tenía una habilidad impresionante para convencerme de mis propias mentiras piadosas. Así, convertía mi dependencia en “elección personal”, mi letargo en “calma espiritual”, mi procrastinación en “falta de inspiración del entorno”. La planta se volvía cómplice de mi ego para elaborar excusas elaboradas que justificaran seguir fumando.

Un aspecto especialmente delicado fue la inflación egóica, la inflación de mis patologías y puntos ciegos. La psicología profunda, especialmente la de orientación junguiana, advierte que ciertas experiencias psíquicas pueden inflar el ego: uno se cree elegido, especial, portador de verdades únicas. Confieso que a épocas me sentí así. Cuando las conexiones mentales inducidas por el cannabis me llevaban a “entender” símbolos y patrones ocultos, podía pensar que estaba accediendo a un conocimiento reservado para pocos. Miraba a quienes no fumaban como gente demasiado atada a la Tierra, incapaces de ver lo que yo veía. Sutilmente, me volví soberbio en mi subcultura: “Soy más libre, más creativo, más despierto que esos que llevan vidas cuadradas”, pensaba. Esta inflación del ego es peligrosa, porque es dulce como la miel. Uno saborea esa sensación de superioridad espiritual o intelectual sin notar que se aleja de la genuina humildad y sencillez que caracteriza a la verdadera sabiduría.

Con la inflación y la autoindulgencia llegó la pérdida gradual de voluntad. La marihuana, paradójicamente, me daba energías imaginarias pero me quitaba la energía de la acción. Es como si mi fuerza de voluntad estuviera en venta y cada porro comprara un pedacito de ella. Al principio no lo noté: yo seguía trabajando, estudiando, cumpliendo con mis deberes. Pero gradualmente, empecé a posponer cosas. Tareas que antes hacía de inmediato, ahora podían esperar al día siguiente. Y al siguiente. El reino de “ya lo haré mañana” se fue extendiendo en aspectos de mi vida sin que yo lo decretara conscientemente. Mi capacidad de reacción también mermó: ante un problema, en vez de enfrentarlo de frente, a veces prefería fumar y “ya pensaré en ello más tarde con la mente clara”. Irónicamente, esa mente nunca estaba más clara que cuando estaba sobria, pero para entonces yo ya había perdido el impulso. La inercia se volvió mi compañera: flotaba en las horas, aplazando decisiones, diluyendo el filo de mis propósitos en la comodidad difusa del humo.

A pesar de todo lo anterior, por años sostuve la creencia de que la marihuana fumada era una

aliada espiritual. Esta creencia no surgió de la nada: la propia experiencia cannábica está llena de destellos que *parecen genuinamente trascendentes*. Recuerdo una noche estrellada en la montaña, sentado junto al fuego y habiendo fumado con amigos: sentí que podía comulgar con la naturaleza, que comprendía el latir de la Tierra y que una corriente de amor universal fluía a través de mí. En otra ocasión, meditando bajo su influencia, creí alcanzar estados elevados de conciencia, vislumbrando un “*mandala*” de energía que conectaba mi corazón con el cielo estrellado. Estas experiencias me conmovieron profundamente. En aquellos momentos, yo juraría que había tocado lo sagrado –eso indefinible que llamamos Dios, Espíritu, la Fuente–. La marihuana fumada se presentaba entonces como un sacramento personal, un atajo hacia experiencias que otros buscaban con años de oración o meditación.

Sin embargo, con el tiempo empecé a dudar de la autenticidad de esas vivencias. Algo no cuadraba: si de verdad estaba alcanzando esferas espirituales superiores, ¿por qué mi vida cotidiana no reflejaba una transformación positiva duradera? ¿Por qué seguía habiendo en mí impaciencia, egoísmo, miedo? Un verdadero avance espiritual suele notarse en la ética, en la compasión, en la claridad de uno mismo... pero yo, tras años de fumar “espiritualmente”, seguía lidiando con las mismas sombras internas, incluso agravadas por la apatía. ¿Había sido todo una ilusión?

La respuesta llegó dolorosamente honesta: *en gran medida, sí*. Comprendí que había una confusión entre lo sagrado y lo mágico en mis experiencias. Lo “sagrado” implica una conexión real con lo Superior, con lo Divino, que suele venir acompañada de humildad, reverencia y cambios profundos en el corazón. Lo “mágico”, en cambio, puede referirse a fenómenos psíquicos, visiones, sensaciones extraordinarias que, aunque impresionantes, no necesariamente provienen de lo Alto; pueden ser simplemente manifestaciones de niveles intermedios de la realidad –el astral, el subconsciente colectivo, planos sutiles– pero *no del Espíritu puro*. En mis estados cannábicos experimentaba mucho de ese brillo mágico: veía sinestesias de colores y sonidos, sentía energías circulando, percibía presencia de fuerzas invisibles. Pero comprendí que no todo lo que es invisible es divino, ni toda visión es una revelación auténtica. Muchas veces eran juegos de mi psiquis, potenciados por la sustancia, o incluso incursiones en lo que algunas tradiciones llaman “mundos intermedios”: regiones sutiles pobladas de símbolos, arquetipos, entidades, que no son el Cielo ni la iluminación, sino simplemente los ecos y habitantes del plano psíquico.

Aquí topé con un tema espinoso: la relación con entidades y sombras psíquicas. Mientras más profundizaba en el uso solitario y místico de la marihuana, más me adentraba en terrenos extraños de la conciencia. En algunas noches de fumadero introspectivo, sentí claramente presencias a mi alrededor. A veces eran sombras danzantes al borde de mi visión, otras veces una inquietante sensación de no estar solo en la habitación oscura. En ciertas sesiones de meditación bajo los efectos del cannabis, llegué a escuchar *susurros interiores* que no parecían provenir del todo de mí. ¿Eran partes escindidas de mi propia psique (mi “sombra” personal, diría Jung) que emergían en ese estado modificado? ¿O eran entidades externas, seres del astral atraídos por la luz de mi conciencia encendida artificialmente? Estas preguntas son difíciles. Lo cierto es que el velo entre los mundos se adelgaza con la marihuana: uno puede asomarse a regiones insólitas de la mente y quizás del universo invisible. Pero sin guía ni protección, eso puede significar quedar expuesto a influencias perturbadoras.

Recuerdo una experiencia particularmente aterradora: Había fumado solo, buscando una noche de “visión”. Me puse a hacer respiraciones profundas y a cantar suavemente, tratando de convertir aquello en un ritual personal. A medida que el efecto subía, empecé a sentir una euforia extraña, casi maniaca. Mi mente se llenó de imágenes arquetípicas: serpientes, bosques, ancianos de barba, geometrías sagradas. De pronto, entre esas visiones, apareció el rostro de una criatura medio humana, medio animal, que se burlaba de mí. Sentí un escalofrío: aquello no lo estaba controlando yo. Intenté regresar a mi respiración, pero me costaba. Era como si hubiese abierto una puerta y ahora algo más ocupaba la sala del trono de mi mente, observándome con curiosidad maliciosa. El pánico creció al percibir que quizá había invitado a un intruso psíquico. Por fortuna, el efecto pasó sin mayores consecuencias, pero la lección quedó grabada: no se debe vagar sin mapa por la selva invisible. Mi incursión temeraria con el cannabis fumado me había dejado a merced de mis propias sombras y quizá de sombras ajenas.

Entendí entonces por qué en toda auténtica vía iniciática se insiste tanto en la purificación previa. No es capricho moralista; es cuestión de higiene psicoespiritual. Si uno abre ciertas puertas (sea con drogas, con rituales o con prácticas esotéricas) sin tener limpia la casa interior, corre el riesgo de que entren visitantes indeseados o de que lo que salga de dentro asuste o domine. Yo había accedido a “zonas psíquicas sin purificación previa”, creyendo que la nobleza de mis intenciones bastaba. Qué ingenuo puede ser el buscador entusiasta y qué astutas sus propias sombras. La marihuana me dio acceso a vislumbres de lo oculto, sí, pero esas vislumbres venían mezcladas con mi propia confusión no resuelta. Así, lo que podría ser símbolo orientador se volvía delirio; lo que podría ser un mensaje del alma se mezclaba con proyecciones del ego o incluso trampantojos de entidades burlonas que, quizás, pululan en esos planos disfrutando de nuestra credulidad.

En mis reflexiones posteriores, buscando comprender qué había salido mal, me topé con la ideas iniciáticas de los polos masculino y femenino en el ser humano. No se trata simplemente de género biológico, sino de principios energéticos y psicológicos presentes en todos nosotros: el polo masculino asociado a la dirección, la estructura, la claridad, la acción concreta; el polo femenino asociado a la receptividad, la intuición, la fertilidad creativa, la contención emotiva. En la *sabiduría perenne* se habla de equilibrar estos polos para estar íntegros. Pues bien, descubrí que la marihuana, esa planta de flores hembras resinosa y lunática, es profundamente femenina en su energía. Eso explica su cualidad receptiva, envolvente, su manera de abrir la psique a reinos interiores, su capacidad de hacernos sentir (temporalmente) cuidados, en una burbuja nutritiva. Es como un seno materno espiritual donde uno se refugia... pero también como una amante seductora que puede envolverte en sus cabellos y hacerte olvidar del mundo.

¿Qué ocurre cuando alguien (sea hombre o mujer) se entrega prolongadamente a este principio femenino sin equilibrio? En mi caso, se fue produciendo una inversión de polos internos. Yo, como hombre, notaba que la energía masculina –mi capacidad de poner límites, de actuar con decisión, de buscar la trascendencia vertical– se debilitaba. Me volvía más pasivo, más contemplativo, laxo, pero sin orden, más rendido al flujo de emociones e intuiciones cambiantes. Podría decirse que mi *ánimus* (parte masculina interna) se fue durmiendo, arrullado por los cánticos del humo, mientras mi *ánima* (lado femenino interno)

tomaba el volante, guiándome a lo ancho de la psique pero no hacia arriba. Se invirtió mi eje vertical: en vez de aspirar hacia lo alto con voluntad firme, me dejaba arrastrar horizontalmente por sensaciones y ensoñaciones. Y en esa inversión, mi *logos* (razón, palabra clara) cedió protagonismo a un *eros* difuso (sensibilidad, conexión sin discriminación).

No me malentiendan: abrazar lo femenino interno no es malo –de hecho es necesario para la plenitud–, pero en mi caso no fue un abrazo consciente ni voluntario sino un desequilibrio errático. Era como un barco al que le quitan la quilla que lo mantiene recto: comenzó a escorarse hacia un lado, a navegar dando bandazos. Lo masculino interno aporta orientación y estructura; sin ello, la rica energía femenina puede volverse caótica, aguas estancadas en lugar de río vivificante. Así me sentía yo: inundado de emociones, intuiciones y estímulos, pero sin la firmeza para canalizarlos en un cauce productivo. Este efecto lo vi también en amigas fumadoras: muchas describían sentirse desconectadas de su fuerza asertiva, invadidas de emotividad confusa, a veces con ansiedad pasiva. En definitiva, la marihuana acentuaba lo *yin* (receptivo, húmedo, frío) y menguaba lo *yang* (activo, cálido, luminoso) en nuestra constitución. El resultado: un desequilibrio de polos que invertía el orden natural de crecimiento.

Ese desequilibrio energético tenía resonancias espirituales. En términos tradicionales, el camino espiritual auténtico requiere subir por un eje vertical: alinear nuestro ser desde lo más denso a lo más sutil, elevándonos hacia la Luz, hacia lo Divino, guiados por la voluntad (masculino) y sostenidos por la devoción y sabiduría interior (femenino). Cuando este eje se invierte o se tuerce, corremos el riesgo de adentrarnos en caminos que en lugar de ascender, descienden o dan círculos en el mismo nivel. Aquí comprendí la idea de la “vía contra-iniciática”, de la que hablan algunos esoteristas: es una senda que imita a la iniciación espiritual pero al revés. Promete despertar, pero conduce a un laberinto de espejos donde el ego se pierde. **La marihuana, usada indiscriminadamente como vía espiritual, puede volverse una puerta hacia esa contra-iniciación.** ¿Por qué? Porque ofrece experiencias de tipo espiritual (visiones, sentimientos cósmicos, ideas aparentemente reveladoras) pero sin la purificación ni la disciplina que garantizarían que esas experiencias provengan de la luz verdadera. Es, en cierto modo, una parodia del camino iniciático: hay “viaje”, hay “misterios”, hay “éxtasis”, pero al final del día uno no ha trascendido su condición, sino que muchas veces la ha empeorado sin saberlo.

En esa falsa senda, uno puede forjarse pseudoidentidades espirituales. Yo me confieso culpable: durante un tiempo me veía a mí mismo como una suerte de “iniciado del cannabis”. Pensaba que fumando diariamente y explorando mi conciencia estaba avanzando más que aquellos que seguían rutas tradicionales. Llegué a sentirme una especie de chamán urbano, justificando mi hábito como *trabajo visionario, forma de espiritualidad, modo de conexión sacra, etc.* Incluso adopté símbolos –colgantes con la hoja sagrada, libros de alquimia y chamanismo en la carta– alimentando esa identidad alternativa. Pero en honestidad, vivía una fantasía: había sustituido el verdadero símbolo por el delirio. Mi vida externa no mostraba la coherencia, la compasión ni la sabiduría que indicaran un auténtico crecimiento espiritual. Mis símbolos eran vacuos porque mi práctica era inconsistente: no tenía la disciplina del yogui, ni la humildad del místico, solo la apariencia bohemia y “mágica” que yo mismo me aplaudía frente al espejo.

Tal vez lo más triste de ese autoengaño es que, sin darme cuenta, me fui cerrando a la Gracia. La Gracia es ese don sutil que desciende de lo alto sin que uno pueda provocarlo, llámese bendición, intuición divina, ayuda providencial. Estoy convencido de que todos la recibimos en diversos momentos de la vida, pero para acogerla hay que tener espacio interno y receptividad genuina. Yo, en mi orgullo de fumador iluminado, llené mi copa con mi propia bebida psicoactiva y la Gracia ya no tenía dónde verterse. En otras palabras, me volví autosuficiente de manera ilusoria: “¿Para qué rezar o pedir guía si ya el “pito” me pone en contacto con lo superior?”, pensaba sin formularlo explícitamente. Este sutil orgullo separa al buscador de la auténtica rendición que permite la comunión con lo Divino. La caricatura de iniciación que vivía, llena de humo y espejismos, ocupaba el espacio donde podría haberse posado una experiencia espiritual más pura o una comprensión más sobria de mí mismo. Así, me di cuenta después, había cerrado las ventanas de mi alma con humo, impidiendo la entrada de la brisa fresca de la Gracia.

La imagen que mejor describe lo que descubrí es la de un cuarto lleno de humo con espejos en las paredes. La marihuana fue llenando mi mente de humo verde: al principio era un humo aromático y revelador, que parecía mostrar formas bellas en su danza; pero con el tiempo el cuarto se saturó. Los espejos de mi psique –mis pensamientos, mis creencias sobre mí mismo– reflejaban las nubes una y otra vez, multiplicando la ilusión. Estaba atrapado en un juego de humo y espejos, donde cada insight era reflejo de otro insight, en un laberinto autorreferencial. Creía ver el universo, y solo me veía a mí mismo bajo los efectos de una planta, creyendo ver el universo.

La trampa se reveló completa una madrugada cualquiera. Teníamos planeado con un amigo madrugar para ir de excursión a una montaña cercana y ver el amanecer desde la cumbre. Ambos solíamos fumar, y quedamos en no hacerlo la noche anterior para estar frescos. Yo lo hice... hasta cierto punto. Ya en la medianoche, ansioso y sin sueño, me dije: “Un par de caladas no harán daño, solo para relajarme”. Me fumé medio porro. Terminé durmiéndome muy tarde. A las 4 am sonó el despertador y mi cuerpo se sentía pesado como plomo. Mi amigo vino a buscarme y le dije la típica mentira: que me había resfriado de último minuto, que lo sentía. Cuando se fue y volví a la cama, me quedé mirando el techo con un sentimiento amargo. Mi voluntad había vuelto a flaquear. La marihuana, “mi aliada”, acababa de robarme una experiencia sencilla pero real: ver un amanecer haciendo un esfuerzo físico y compartiendo auténtica presencia con un amigo querido. En su lugar, me dejó un triste regusto de derrota interior.

Ese momento, aparentemente menor, fue un punto de inflexión. Me di cuenta de que no era libre. Por más discursos que me diera sobre el uso consciente y espiritual de la planta, la verdad desnuda era que no podía dejar de fumarla. Si un plan tan importante para mí como subir la montaña al alba había sido sabotado por la necesidad de “un par de caladas”, ¿qué quedaba de mi supuesto control? Se rompió el espejismo: vi con claridad que durante años me había autoengañado, diciendo que “lo dejaba cuando quisiera”, cuando en realidad siempre encontraba una excusa para no hacerlo. Ese “espíritu” que yo creía amiga, ¿no se comportaba acaso como un amante posesivo que no me permitía ausentarme ni una noche? Sentí escalofríos al pensar: ¿y si la planta me está usando a mí en vez de yo a ella? Quizá, como decían algunos curanderos, el cannabis tiene un espíritu femenino fuerte que demanda

apego y regularidad, una especie de “jealous lover” –amante celosa– que susurra: “*no me dejes, te hago sentir bien, ¿quién te cuidará mejor que yo?*”.

Abrí la ventana de mi cuarto. El aire frío de la madrugada entró arrastrando un poco de aquel humo viciado. Respiré profundamente, intentando recordar la última vez que había pasado más de una semana sin fumar. No pude recordarlo con facilidad. Años atrás, seguramente. Me vi a mí mismo: treinta y tantos años, con muchas batallas a cuestas, habiendo dejado atrás adicciones duras como la cocaína en mi juventud, habiendo sobrevivido a locuras nocturnas... y sin embargo encadenado a esta planta “suave”. Sentí vergüenza y tristeza, pero también una determinación naciente. Entendí que la marihuana había sido maestra, sí, pero una maestra a la inversa: me enseñó envolviéndome en errores para que al final yo pudiera reconocer la verdad por contraste. Y la verdad era que debía recuperar mi libertad, mi voluntad, mi claridad sin muletas psicoactivas. Tenía que romper el hechizo de la bruma verde.

Dejar una costumbre de añosno es fácil, aunque esa costumbre venga envuelta en fino ropaje místico. Empecé el camino de la desintoxicación no solo física sino anímica. Al principio, honestamente, me sentí desnudo. Las primeras noches sin mi somnífero de hierba fueron inquietas: tardaba en dormir, y cuando dormía mis sueños eran tumultuosos, como si el inconsciente quisiera recuperar terreno perdido a chorros. Soñé mucho, sueños vívidos que parecían atascados durante años esperando turno. También vino la irritabilidad: esa paciencia artificial que la marihuana provee se convierte en nervios a flor de piel cuando ya no está. Hubo días en que cualquier pequeña frustración me hacía hervir de enojo o ansiedad. Era como si todas las emociones suprimidas por fin desfilaran sin bozal. Esto me mostró cuántas cosas la planta había estado anestesiando en mi vida: dolores antiguos, inseguridades, temores. Sin la nube que los amortiguaba, me tocaba enfrentar mi humanidad cruda de nuevo.

Decidí apoyarme en prácticas de purificación para ayudar a mi cuerpo y espíritu a “reiniciarse”. Recordé un rito que algunos amigos habían mencionado: el **Kambó**, la secreción de una rana amazónica usada tradicionalmente como medicina de limpieza. En otro tiempo habría ignorado esa opción (¿para qué, si yo tenía mi “planta maestra” ya?), pero ahora mi mente estaba abierta con humildad: necesitaba ayuda para limpiar la toxicidad acumulada. Acudí a una sesión de Kambó con la seriedad de quien se dispone a una cirugía del alma. En la ceremonia, el guía aplicó en mi brazo unas pequeñas quemaduras donde colocó puntos del veneno de la rana. Lo que siguió fue intenso: un calor infernal recorrió mi cuerpo, mi corazón latió con fuerza y sentí náuseas crecientes. Terminé purgando –vómitos violentos, sudor frío– mientras cantos tribales sonaban de fondo. No fue nada placentero; al contrario, cada segundo parecía una eternidad de lucha física. Pero al final, tras el vómito y las lágrimas involuntarias que salieron con él, algo increíble sucedió: una quietud cristalina me invadió. Mi cuerpo temblaba débilmente pero por dentro me sentía limpio, ligero, como si hubiera soltado toneladas de carga. Miré mis manos y las sentí más vivas, respiré y el aire me supo a vida pura. Era la antítesis de la sensación cannábica: en vez de enturbamiento, claridad; en vez de letargo cálido, vitalidad fresca; en vez de evasión, presencia total en el aquí y ahora.

El Kambó, luego de 3 aplicaciones y con su implacable amor, me “reinició” simbólica y energéticamente. Percibí que no solo expulsé toxinas físicas, sino también energías estancadas, la “*panema*” que dirían en el Amazonas –esa mala sombra acumulada de tristeza, desgano y mala suerte–. No pretendo decir que Kambó sea panacea para todos, pero en mi viaje jugó un rol crucial: fue un ritual de renacimiento. Cada purga se llevó un poco de mis apegos y autoengaños. Salí de esa experiencia sintiéndome renacido, con una determinación fortalecida de no volver atrás. Además de Kambó, adopté otras prácticas “limpias”: retomé la meditación en silencio, sin ayudas psicoactivas, aunque al principio me costara mantener la concentración por más de unos minutos. Practiqué ejercicio vigoroso –trotos al amanecer, pesas, natación– para reactivar mi energía vital y reconectar con mi cuerpo, ese que había ignorado un poco. Curiosamente, redescubrí el placer natural de estar vivo sin necesidad de nada extra: la ducha fría de la mañana se volvió un pequeño rito de claridad, el sabor simple de la comida mejoró cuando mi paladar ya no estaba embotado por el sabor rancio del humo diario.

Una herramienta importante fue también el ritual ordenado. Comprendí que parte del vacío que la marihuana llenaba era la falta de ritual en mi vida. Así que empecé a crear mis propios rituales, pero esta vez sin sustancias: encender una vela al anochecer y agradecer el día, hacer sahumerios con hierbas limpias (como romero o copal) para purificar mi espacio sin alterar mi mente, realizar un breve rito de respiraciones y cantos al amanecer para alinearme. La diferencia era abismal. Donde antes forzaba la entrada al Misterio con humo, ahora tocaba la puerta suavemente con oraciones sencillas. Y a veces, en esa sobria humildad, sentía verdaderamente lo sagrado acompañándome –una paz serena, una suave alegría sin causa, alguna sincronía significativa que ocurría sin que yo la fabulara. Era la Gracia de nuevo asomando, comprobando que yo estuviera disponible.

Cuento aparte es el haber tomado medicinas sagradas en altares y con abuelos, ya lo he comentado en otros escritos, así es que nada de eso mencionaré acá.

Día tras día, al persistir en la abstinencia, comencé a notar mejoras radicales en todos los niveles. Mi mente, tras superar el “mono” inicial, recuperó un foco que creí perdido desde la adolescencia. Podía leer largas páginas de libros densos sin dispersarme, algo que fumando me costaba enormemente. Mi memoria mejoró: volvían recuerdos nítidos de la infancia, y también recordaba qué había ido a buscar al cuarto contiguo (antes me pasaba aquello de ir a otra habitación y quedarme en blanco sobre a qué iba). Mi capacidad de comunicarme emocionalmente dio un salto: sin la capa de por medio, empecé a expresar mejor lo que sentía a mis seres queridos, y a escucharles con más empatía real. Mis discusiones con mi pareja dejaron de ser callejones sin salida –donde antes me encerraba en mi burbuja fumada y evitaba profundizar– para convertirse en conversaciones donde yo podía sostener la incomodidad y realmente entender su punto de vista. En resumen, volví a habitar plenamente mi vida. Recuperé la voluntad para actuar: esas cosas postergadas comenzaron a ocurrir. Si decía “iré al gimnasio”, iba; si quería emprender un proyecto, tenía el empuje para dar el primer paso y el segundo, no quedarme solo en la idea. Cada logro, por pequeño que fuera, reforzaba la confianza en mí mismo que durante años delegué a la planta.

Y quizá el regalo más hermoso: **volví a soñar**. Las primeras noches en que recordé mis sueños tras dejar de fumar fueron emocionantes, como reencontrarme con un viejo amigo.

Tenía sueños coloridos, algunos caóticos, otros reveladores, y al despertar podía anotar fragmentos. Sentí que mi alma recuperaba un lenguaje perdido. Ya no había un vacío negro cada noche; en su lugar, mi psiquis me hablaba de nuevo en el teatro onírico, y yo podía dialogar con esas imágenes, reflexionar sobre lo que mi interior quería decirme. La marihuana, al apagarse, le devolvió la voz a mi inconsciente genuino. Y en esos sueños hallé pistas para mi sanación: soñé con un bosque quemado que lentamente reverdecía (evidente metáfora de mi estado), soñé con un anciano que me devolvía un objeto que había extraviado (mi propia sabiduría olvidada, tal vez). La integración de mis sueños al proceso de despertar me confirmó que iba por buen camino.

Ahora, escribiendo estas líneas, contemplo con perspectiva la travesía que viví con la marihuana. Fue un largo camino de luces y sombras, de seducción y decepción, de aprendizaje a través del error. No reniego de todo lo experimentado: cada caída me enseñó algo sobre mí mismo. La planta me mostró tanto mi anhelo profundo de lo sagrado como mi tendencia a tomar atajos; me mostró mi creatividad latente y también mi fragilidad para manejarla; me hizo consciente de una necesidad de equilibrio interno entre orden y misterio. No condeno la marihuana, pues hacerlo sería negar que en algún momento me sirvió de espejo, pero sí cuestiono su uso fumado. A algunas personas quizá les sirva en contextos medicinales o ceremoniales muy guiados. Pero en mi historia personal aprendí que no hay verdaderos atajos en el camino del alma: cada paso exige presencia, voluntad, amor y discernimiento.

Quizás como me enseñaros los taitas en la selva, primero se está en el líquido amniótico de la madre, en el cuerpo (tierra – agua), un buen tiempo, y cuando se está listo se da a luz, se nace. Se Accesa al sol. (aire - fuego). Quizás esta iniciación en la vida biológica, es un reflejo de la iniciación espiritual. Quizás sea por eso que el sentimiento oceánico que sentí al fumar haya sido más regresivo al útero materno, y psíquicamente diluirme nuevamente en ese estado, que progresivo, hacia adelante, hacia la unión con el Padre. Confundí quizás un estado trans-personal, con una regresión pre-personal (Wilber). Quizás la molécula que genera “dicha interna” llamada anandamida (*Ananda* era el mejor amigo del buda), se mimetiza con el THC -que ocupa los mismos receptores en el cerebro- nos rememorara el estado intrauterino tanpreciado, donde el embrión es anidado en la gestación, y nos regresara a un estado indiferenciado, placentero, dentro de la madre. Quizás tenía ese anhelo basal de regresar a la unión con ella, que luego perdí... Vaya uno a saber, tantas cosas que podrían ser...

He querido narrar esto con la mayor lucidez posible, sin autoengaños ni relativismos, pero también sin odio. Hoy la veo simplemente como una planta con un espíritu poderoso que puede ser aliada o enemiga según cómo nos relacionemos con ella. En mi caso, necesitaba liberarme de su abrazo para continuar creciendo. Para otros, quizá el uso moderado y consciente no represente un obstáculo, no soy quién para juzgar sus caminos. Lo importante, creo, es **ser honestos con nosotros mismos**: preguntarnos qué nos aporta de veras y qué nos quita, qué realidad estamos evadiendo, qué vacío estamos llenando, qué verdad estamos pretendiendo encontrar en el humo que no se halle ya en nuestro corazón.

Mi invitación, como alguien que caminó por la bruma y salió al otro lado, es a despertar. Despertar significa atreverse a disipar la niebla de la ilusión, por cómoda o embriagadora que sea, y mirar la realidad de frente, por dura que parezca al inicio. Despertar es volver a tomar las riendas de la propia alma, sin intermediarios químicos que dicten nuestros estados de ánimo o nuestra inspiración. Despertar implica también *desintoxicar*: limpiar no solo el cuerpo de sustancias, sino la psique de patrones adictivos, y el espíritu de dependencias idolátricas. Yo tuve que desintoxicarme de la idea de que “necesitaba” fumar para ser creativo, para dormir, para soportar el estrés. Al soltar esa muleta, mis piernas espirituales volvieron a andar por sí solas, vacilantes al principio pero luego con firmeza renovada.

Y finalmente, tras el despertar y la desintoxicación, viene la reconexión con lo esencial. ¿Qué es lo esencial? Cada uno deberá descubrirlo en su silencio. Para mí, lo esencial fue reencontrarme con el asombro sobrio ante la vida: sentir el viento fresco en la cara una tarde y maravillarse sin nada encima; sentarse a meditar y, aunque la mente esté inquieta, apreciar ese esfuerzo honesto como un fin en sí mismo; conversar con un amigo *estando plenamente presente*, sin distracciones internas, y sentir la verdadera conexión humana; orar –si se tiene fe– con el corazón despejado, abriéndose a lo desconocido sin expectativas psicodélicas, solo con fe y humildad. Lo esencial fue también reconectar con la Gracia: darme cuenta de que, al limpiar el humo, la luz de la Gracia entra más fácil por la ventana. Pequeñas sincronicidades volvieron a ocurrir, no forzadas por mi mente “colocada” sino ofrecidas por la vida: libros adecuados llegando a mis manos en el momento justo, encuentros con personas que me brindaron nuevas perspectivas, soluciones a problemas que surgían casi milagrosamente cuando dejé de entorpecerlas.

En definitiva, entendí que la verdadera “planta maestra” que yo buscaba quizá no crece en la tierra sino en el jardín simbólico del corazón. Es la planta de la conciencia clara, regada con la experiencia, abonada con la sinceridad y podada de ilusiones marchitas. La marihuana fumada me mostró su poder físico, psíquico y espiritual: un poder ambiguo que puede sanar o enfermar el alma. En mi viaje fue más lo que enfermó cuando la tomé por mi cuenta y capricho. Pero al final, al trascenderla, ese mismo viaje se convirtió en medicina: la experiencia digerida se transmutó en comprensión. Por eso comparto esta historia, como testimonio y metáfora. No para satanizar la “hierba sagrada”, sino para iluminar su sombra y las sombras que proyecta en nosotros.

Que estas palabras sirvan, ojalá, como un espejo claro para quien las lea. Si te has visto en mis extravíos, querido lector, no te juzgues con dureza, pero tampoco te mientas: *mira tu reflejo sin el humo de por medio*. Si la marihuana fumada está siendo en tu vida un obstáculo –por más disfraces místicos o lúdicos que use–, considera que siempre estás a tiempo de cambiar la relación o de liberarte de ella. Desconecta un instante del embrujo verde y reconecta contigo mismo. Las puertas de la percepción genuina no necesitan llave química, se abren con la quietud, con la disciplina amorosa, con la ayuda de guías auténticos y prácticas puras. Y si alguna vez has de acudir a las plantas de poder, hazlo con respeto, con guía, sin saltarte los peldaños que protegen tu cuerpo, tu corazón y tu mente.

Hoy camino con gratitud por la vida simple y esencial. Aprecio el presente sin la mediación de la niebla. Aún conservo, eso sí, un poquito del humor verde: puedo sonreír al recordar aquellas conversaciones disparatadas o las epifanías fallidas que tuve fumando. Forman parte

de mi historia, pero ya no me definen. Ahora el cielo azul de la mañana, visto con ojos claros, me parece más maravilloso que cualquier caleidoscopio artificial. He recuperado mi eje, mi centro, y con ello, la dirección hacia lo alto y hacia adentro al mismo tiempo. En el equilibrio recuperado de mis polos masculino y femenino, en la unión de voluntad y alma, avanzo un día a la vez.

La hierba sagrada me enseñó a la mala que la libertad no se encuentra en ninguna sustancia, por sagrada que la llamemos, sino en el corazón purificado. Que nuestras búsquedas no se queden en caricaturas: vayamos a la fuente real de la Luz. Y que, tras disipar el humo, podamos ver por fin la llama interna arder con claridad, iluminando el camino auténtico de nuestra evolución. Ese es mi deseo y mi invitación: despertar, desintoxicar y reconectar con lo esencial, con los pies en la tierra, el corazón en el centro y la mirada en lo eterno. Así, la sombra se integra, la ilusión se desvanece, y la Vida –simple, preciosa, misteriosa– nos regala, ahora sí, su auténtico rostro.

